

Víctor Domingo Silva, en "Pluma y Lápiz"

LA publicación de *Pluma y Lápiz* ha sido señalada muchas veces como una fecha significativa en la historia de la literatura chilena moderna, y esta impresión, robustecida por los propios dichos de los sobrevivientes de la aventura, nos ha llevado a hojear una vez más las páginas de la colección de este periódico. Lo primero que le asalta al lector contemporáneo es un sentimiento de melancolía. Tal como en otras revistas de jóvenes, hay aquí mil ingenuidades: sucesos de pequeño formato magnificados por la inquietud juvenil, páginas elogiadas con desmedido entusiasmo, robustos ataques que revelan más la intemperancia de las pocas lecturas que el criterio formado. Pero ¿quién no ha errado por los mismos motivos?

Lo mejor será que abramos las páginas de esta colección y que señalemos allí a algunos de sus colaboradores.

Uno de los primeros, por el volumen que más tarde ha adquirido su obra, ya que no cronológicamente hablando, puesto que su primera colaboración en *Pluma y Lápiz* no es anterior a octubre de 1901 (número 48), es Víctor Domingo Silva. Su primer trabajo, *El ensueño*, aparece firmado por Domingo Víctor Silva E., y fechado en el mismo año de la publicación. Según noticia del propio autor, son fragmentos de un poema más extenso que no hallamos en los libros que más adelante él ha publicado. Es Bécquer con una entonación robusta, elocuente, que parece revelar lecturas de Víctor Hugo, el que ha dictado algunas de las palabras del poeta, que se llama a sí mismo *triste*:

Sueña el triste proscrito
con las cosas lejanas:

el lampo cariñoso de su cielo,
 los bellos horizontes de su patria:
 el náufrago abatido
 con la remota playa . . .

¡Ah! y el triste poeta
 en cuya frente pálida
 se revuelven las sombras
 de las angustias trágicas,
 a solas con su copa desbordante,
 en su triste boharda,
 ¿sabes tú con qué sueña?

—Con el mármol

en que más tarde tallarán su estatua.

¿Pero no hay también aquí influencia de Rubén Darío? Darío, en efecto, había hablado ya de estas *frentes pálidas* y había opuesto, por vía sarcástica, la indiferencia de los coetáneos al renombre póstumo que aguarda al poeta, y Darío había escrito esto en Chile precisamente, unos quince años antes, sin que su ejemplo fuera seguido directamente por los jóvenes de entonces, a quienes a poco de salir el extraordinario visitante, distrajo de las letras la guerra civil de 1891.

Lo difícil era comenzar, y hasta el número 57, de fines de diciembre de 1901, no volvió a salir la firma de Víctor Domingo Silva en las páginas de *Pluma y Lápiz*. Esta segunda vez ya están los nombres de pila en su orden y se ha suprimido la inicial inútil del segundo apellido, que nunca más volverá a usar el poeta.¹ Pero ahora es un cuento, *Sin tregua*, el que el autor engloba bajo el nombre genérico de *páginas de abajo* que acaso correspondía a un libro juvenil no recopilado. En todo caso, estas páginas de abajo son uno de los signos por los cuales el grupo literario de *Pluma y Lápiz* muestra su inclinación a la literatura populista (como se la ha llamado posteriormente en Francia), que fué una de sus características más señaladas.

La colaboración no viene a regularizarse sino con el número 58, donde vemos publicado el poema *Carne y alma*, que abre el año 1902. Aquí ya el poeta comienza a mostrar su nervio robusto y se crece, a pesar de su juventud, hasta alcanzar tonos que no quedan desmedrados si se les compara con otros de tiempos más cercanos a nosotros, tiempos de madurez y de experiencia en los cuales el poe-

ta ha arrancado los mejores sonos a su lira. Es una enumeración opulenta en la cual el autor va diciendo todo lo que sabe y lo que recuerda para concluir que más que todo eso

amo yo una esencia dulce que me arroba,
amo yo la esencia tibia de una alcoba
ataviada por un ángel para mí.

Hay trozos significativos:

Más que el tímido violeta que agoniza
en el fondo recargado de ceniza
que decora somnoliento anochecer,
amo yo, por sus matices azulados,
las ojeras de unos ojos fatigados
en las locas embriagueces del placer.

Y hay también rimas difíciles:

Más que el cuello arquitectónico de un cisne
terso, blanco, sin un surco, sin un tizne,
prolongado en las torsiones del zig-zag,
amo yo la arquitectura de unos brazos
que son sierpes, que son cintas, que son lazos
donde enreda el niño ciego su carcaj.

Toda la composición exhala ese *odor di femina* de que hablaba el otro, y parece escrita en honor de una mujer que ha sacudido sentimientos muy profundos del poeta. No es perfecta, claro está, y se encuentra muy distante de las excelentes estancias que más adelante habremos de leer en sus libros, pero es seductora y tiene cierta gracia picante que no invalida del todo el aire de seriedad íntima de que aparece transida.

Nuevas páginas de abajo, *La última noche*, un cuento mucho más compuesto, por decirlo así, que *Sin tregua*, llenan la colaboración de otro número (el 60, también de enero de 1902), no sin dejar espacio a otra composición poética, *Antitética*, que revela todavía influencia de Rubén Darío más abierta, franca y hasta esclavizante que la que hemos visto en *El ensueño*. Esta breve poesía no ha podido ser escrita sino por un atento lector de *Abrojos*, de las *Rimas* y de *Azul*... Recordará el lector, por ejemplo, que el poeta nicara-güense había dicho, en elogio de Campoamor:

Abeja es cada expresión
que, volando del papel,
deja en los labios la miel
y pica en el cotazón.

Pues bien, nuestro compatriota presenta dos imágenes paralelas (él dirá *antitéticas*) del deleite del beso, y estas dos imágenes proceden de aquélla:

yo adoro a esas mujeres
que dejan sobre el labio estremecido
una gota de miel en cada lágrima
y en cada beso un aguijón bendito!

yo adoro a esas mujeres
que dejan sobre el labio satisfecho
una gota de hiel en cada lágrima
y un maldito aguijón en cada beso!

Verso y prosa, rimas asonante y consonante: todo parece permitido a este joven poeta que con paso robusto y un tanto altanero ha irrumpido en el cotarro literario santiaguino. En el número inmediatamente siguiente leemos un poemita narrativo y sentimental, *El escaño*, que anuncia el tono y el cuño de composiciones de más tarde:

Ráfagas punzantes de la suerte airada
me alejaron luego de donde nací . . . ;

y en el siguiente (número 62) otro cuento, *Fumando*, que no aparece como páginas de abajo aun cuando por el tono y el estilo pudiera haber figurado en ese grupo. Pero aquí hay una innovación considerable: el autor agrega la mención de Valparaíso junto a la fecha, 1902. La misma mención aparece en una prosa rítmica, *Banderas!* (número 65), y pronto el autor comienza a surtir a la revista de una serie de impresiones del puerto que firma con el seudónimo *John Pencil* (desde el número 75).

El ansia eterna (número 67) es otra composición significativa del ansia de amor que parece acosar al poeta, y en ella cabe por fin una confesión de éste sobre su propia obra:

... ¡Si mis versos
 que no son armoniosos
 pero que son extraños,
 pero que son neuróticos,
 besaran sus oídos hechiceros,
 como un soplo de brisa, como un soplo
 que la hablara de místicas ternezas
 y de amores incógnitos!

La moda puede mucho; sobre todo en los escritores jóvenes; y he aquí que la moda ha hecho al poeta pensar sobre su obra algo que nadie habrá de pensar más tarde. ¡Neuróticos sus versos! No, gracias a Dios, todo menos neuróticos. Si la poesía de Víctor Domingo Silva sobrevive, como estamos seguros de que sobrevivirá, ello se debe a que sus versos son sanos y revelan la salud propia del autor mismo: robusto de cuerpo y de alma, bien hallado con la vida aun cuando ésta le haya negado más de una satisfacción, en su obra queda la huella de una naturaleza vigorosa que si alguna vez pudo dejarse engañar por las impresiones del ambiente, en definitiva halló su camino lejos de todas las exquisiteces postizas y de relumbrón que formaron el atuendo de la generación que nació a la existencia literaria en torno a *Pluma y Lápiz*.

Y el propio poeta será quien nos corroborará cuando poco después (número 73, de abril de 1902) nos haga leer su notable poema *¿A dónde vas?* bajo el título genérico de Poemas truncos. Detiene el poeta a varios hombres a quienes encuentra en su camino, al guerrero que parte a la guerra, al viejo que va *a caer de hinojos sobre las santas gradas del altar*, al pescador; y luego detiene al minero que le cuenta, como los otros, la tarea que se apresta a cumplir. Entonces el poeta se encara con él y le ordena que se detenga. ¿Por qué? El mismo nos lo dirá con elocuencia impresionante que pocas veces habremos de encontrar superada en la poesía chilena:

Esa piedra que anida en la montaña
 y arrastras por la estrecha galería
 relucirá más tarde en el champaña
 de la soberbia, crapulosa orgía;
 o surgirá en los pliegues del billete
 que en las calladas horas de la noche
 arroja el jugador sobre el tapete
 amparador del robo y del derroche;
 o sonará en la lívida moneda

que pague la vergüenza de algún Judas
 que a los halagos de la infamia ceda
 ¡mientras tú, a solas, combatiendo sudas!

Y como si la intención social y vengativa de este poema no estuviera con ello bastante declarada, ved cómo el poeta la confirma:

¿Sabes para qué sirve todo ese oro?
 Para encender el rayo de la guerra,
 para romper las honras en jirones,
 para abatir los altos sacerdocios,
 matar las generosas ambiciones,
 manchar los sueños y nutrir los ocios;
 para llenar abdómenes rollizos,
 para domar templados caracteres,
 para hacer levantarse advenedizos,
 vender cloacas y comprar mujeres;
 para insultar al que tenga hambre y pida;
 y, transformando el mundo en una feria,
 hacer una tragedia de la Vida
 y un trágico bufón de la Miseria!

Las mayúsculas que emplea el poeta y que hemos respetado, muestran clara la intención social. Estas también son páginas de abajo, aunque en verso, y son el prelude de una parte de la obra de Víctor Domingo Silva que fué la que le ganó años más tarde algo del caudaloso renombre que le ha distinguido. *La Nueva Marsellesa* procede de aquí, y es en estos versos en los que se apoyará el poeta cuando diga que se siente, más que poeta, revolucionario...

Vuelve a la prosa en *El detalle* (número 74), que aparece como desprendido de unos *Cuentos del taller* que nunca se publicaron en volumen; y en *Cosas del puerto*, que el autor fecha el 1º de mayo *Desde Valparaíso*, se inicia la serie de notas porteñas a que nos hemos referido más arriba. También es de prosa *La felicidad*, especie de cuento publicado en ese mismo número y firmado con el nombre del autor, que en aquella correspondencia quedaba oculto bajo el seudónimo *John Pencil*. Pero la prosa se hace poética en *La canción de los veinte años* (número 77), donde el poeta canta al *suburbio triste y solitario* en que vive, al viento del norte, a la nube, a la lluvia, al mar, a la noche, para reunirlos en su conjuro y decirles: "¡ Vosotros sois mi musa! Por venir a vosotros he abandonado la santa paz de la tierra, el encanto de aquellos claros de luna, de

aquellos follajes verde oscuros, de aquel río que pasaba entre verduras, limpio y claro, de los rumores de aquellos campos, del perfume de aquellas espigas en el estío y de aquellas vendimias en el otoño!" Pero no pidáis exactitud de fotógrafo al poeta en sus evocaciones: vendimias y espigas son fruto más de la fantasía que de la observación. El poeta ha nacido en una tierra seca y a la orilla del mismo mar que ahora canta. Los atributos del puerto que aquí reúne son pretexto para su literatura social, son *cosas revolucionarias* como dirá él mismo más adelante, hasta que llegue a coronar esta extraña *canción* con las siguientes declaraciones:

"Y ¡salve a vosotras, quimeras que nadie comprende, y que en mí son un mundo de angustias y alegrías, espasmos de redención y delirios de anarquía, adioses de crepúsculos y bienvenidas de auroras, hálitos de cumbres y vértigos de abismos, esplendores de antorchas y flamear de rojas banderas victoriosas!..."

Del estudio de las composiciones que se exhiben en esas páginas debidas a la pluma del poeta, queda en claro pues que ya en esa hora prematura le distinguen los caracteres que más tarde aplaudirá sin excepciones el público. Es colorista, es elocuente, sabe vibrar con los dolores humanos, y posee cierta contagiosa simpatía con la cual logra a poco andar que el lector mismo vibre con esos dolores y crea ver en la palabra del poeta la revelación de sus propios pensamientos y de sus personales inquietudes. Y esto lo consigue Víctor Domingo Silva cuando no tiene veinte años de edad, puesto que nacido en 1882, cuenta sólo diecinueve cuando se inaugura su colaboración en *Pluma y Lápiz*.

El poeta, entretanto, se ha alejado de Santiago para establecerse en Valparaíso, y desde allí sigue proveyendo a la revista con los resultados de su labor. Trabajador infatigable, mantiene a la vez la sección *Cosas del puerto* que suscribe con el seudónimo *John Pencil* y redacta artículos, cuentos, poesías, en los cuales con su nombre va bordando el comentario lírico de los sucesos de su propia alma. En algunos números la revista parece ser más su órgano de publicidad personal que el muestrario de toda una generación, tanta es la exuberancia de esta producción que tiene a un mismo tiempo diversas formas y que abarca con idéntico entusiasmo diferentes estilos.

Tal pasa por ejemplo en el número 79, de junio de 1902, en que el autor firma con su nombre un cuento, *El color de la muerte*, y con su seudónimo su *rubrique* de *Cosas del puerto*: y con el núme-

ro 81, en el cual encontramos *Oh, tú*, composición poética, junto a la consabida crónica porteña. Esa composición aparece como parte de *Cien estrofas*, otro título de libro no publicado, y posee entre otros el mérito insigne de ser una ardiente exclamación de amor en la que el poeta se complace con insistencia no de mal gusto. Algo de Manuel Acuña, por lo sonoro y lo melódico, resuena en estas estancias:

¡Siempre tú! ¡Siempre tú! Será locura,
 será fantasma que forjé en mi pecho
 al golpe de una eterna desventura;
 pero cuando me tuerzo allá en el lecho,
 me finjo que tú escuchas, desde arriba,
 la imprecación del corazón deshecho;
 me finjo, sí, que en tu presencia liba
 mi corazón el bálsamo bendito
 que hace que el muerto se despierte y viva!

¡Oh, visión intangible y vaporosa!
 ¡Sílfide rauda o misteriosa maga,
 ampo de nieve o pétalo de rosa!
 ¡Cómo en redor de ti se agita y vaga
 la embozada cuadrilla de mis duelos,
 y cómo en ti mi corazón se embriaga!
 ¡Ay! ¡porque tú comprendes mis anhelos!
 porque tú puedes señalarme un rumbo
 que dirija mi espíritu a los cielos!
 Porque cuando me finjo que sucumbo,
 cuando este pobre corazón blasfema
 y hace a mi barca zozobrar el rumbo,
 en esta hora trágica y suprema,
 oigo tu acento que me grita: ¡Gira!
 Oigo tu acento que me grita: ¡Rema!
 ¡Alienta, corazón, álzate y mira!
 Mira a lo lejos la risueña playa
 combada como el arco de tu lira . . .
 ¡No sosiega ni triunfa el que desmaya!
 ¡Así como se crispa ese oleaje,
 tus vigorosos ímpetus ensaya!
 Al furor de los vientos apostrofa,
 y hasta la roca estéril y salvaje
 azota con los truenos de tu estrofa!

Valía la pena recordar estos versos de la juventud, sobre los cuales el poeta no ha vuelto más tarde, puesto que no aparecen en

los libros que de él conocemos, por lo mucho que nos revelan de los ideales de entonces. El poeta se propone corregir a la humanidad y debe para ello comenzar por la reforma de sí mismo. Debe confiar, esperar, soñar en el mundo del futuro; pero debe también luchar, vencer, dominar para que se le oiga y se le atienda. En los versos que hemos transcrito la mujer aparece como ideal de juventud, y en ella el poeta, sin temor de blasfemar, cree ver el sustituto de los ideales religiosos que declara ya, para él, difuntos: "La fe perdida por ti, sólo por ti me fué devuelta, ¡oh mágica visión desconocida!"

No se crea, sin embargo, que esta virilidad exuberante habrá de ser la única musa del poeta: en su lira hay muchas cuerdas, y él sabe cómo hacerlas vibrar una por una. Después de esos versos entonadísimos que hemos leído vamos a verle a poca distancia de tiempo languidecer y refinarse en *Naturaleza muerta* (número 86, de julio de 1902). La amada se ha ido, y el amante la reclama:

¡Todo me falta con tu ausencia, todo!
En fantástica lid conmigo mismo
yo voy a mi pesar como un beodo
resbalando hacia el borde de un abismo!

¡Ven, Tula, pues! Mis inquietudes calma...
Entre la sorda orquesta de la lluvia,
canta tú, canta tú sobre mi alma...

Y en el delirio de esta ausencia que le transe de dolor, el poeta llega a pensar en el delito irreparable:

¿Qué hacer? Ansiando perdurable calma,
hasta la calma de la muerte envidio
y siento que se cruzan por mi alma
los vértigos horribles del suicidio.

Con el título de *Poemas truncos*, *Las tardes de la aldea*, vuelve a la lucha (número 89) y logra señalar una nueva cuerda: la de la poesía pintoresca y heteróclita que tanto gustó por esos mismos años a Carlos Pezoa Véliz. Heredera de la musa de Coppée, esta poesía tiene la virtud de incorporar a su ámbito lo vulgar de la vida cotidiana, ya que no retrocede ante ningún pormenor que sirva para que autor y lector sepan de modo claro e inequívoco lo que aquél ha querido decir. El que la ensaye ha de ser observador sutil del ambiente,

no ha de temer que la expresión se deslice en la vulgaridad, y ha de poseer un amor sin límites a todo lo creado para que al conjuro de su poesía las cosas pasen a su poema en actitud de gracia y tocadas de belleza. Es poesía, claro está, de tono menor, que no mostrará jamás fuerzas propias para elevarse a los grandes temas, pero llenará su cometido, como los cuadros de género, en la notación minuciosa de la realidad. A ella corresponde, por lo demás, como campo propio, el humor risueño, afable, que no alcanza a provocar la carcajada, que suscita cuando más la sonrisa y que a menudo se satisface con poner un cosquilleo de emoción en el alma.

A esta cuerda debemos, no estará de sobra decirlo, algunas de las mejores composiciones que el poeta ha escrito. *La balada del violín*, como *El pintor Perezza*, de Pezoa, queda en el campo de la poesía pintoresca a lo Coppée, y nadie se atrevería a dudar de que aquella *Balada* puede mencionarse ya en el corto número de las composiciones realmente sugerentes de nuestra producción lírica.

No es el mismo el estilo de *Liturgias de otoño. Lo que cantan las ruinas* (número 90), donde el poeta vuelve a tomar la entonación de la oda y a cantar un tema digno y de interés general —por decirlo así—, sin perjuicio de adoptar al propio tiempo, como estilo adecuado, una composición estrófica poco usual y un ritmo difícil. Y vale la pena detenerse en estos juegos de la forma porque el poeta no ha vuelto a ellos y acaso los ha olvidado como entretenimientos tan propios de la juventud como impropios de los años de la madurez:

¡Está mudo el estanque! Los cisnes se han ido . . .
 Se columpian los sauces pensando en el nido
 que cayó sin ruido
 sobre el agua tranquila profunda y azul.
 Y la gárrula brisa, olorosa y revuelta,
 ya no dice de amor, ni sus cántigas suelta
 en la copa esbelta
 del frondoso eucaliptus o el alto abedul.

Si el poeta hubiera seguido labrando en esta cantera, le deberíamos versos muy artísticos y musicales, pero acaso habría caído con el paso del tiempo en ese amaneramiento en que caen, por ley irremediable y como fatal, todos los artistas que dan demasiado espacio a la forma. Afortunadamente, en su naturaleza de creador persiste siempre, como inclinación incontenible, el amor a la verdad y a la

justicia, y a embates de esta pasión, acaso la más adecuada a la nobleza de la misión del vate, olvidará los juegos del estilo y del ritmo y volverá a cantar, cuantas veces le plazca, con el tono viril que es su mejor compañero. De todos modos, haría falta esta composición en una antología del poeta que pretendiera ser tan veraz como para tenerla por historia de su espíritu en contacto con la belleza de las cosas.

Pasan varios números de la revista sin que el poeta inscriba su nombre como tal: sólo del autor de cuentos y del infatigable corresponsal *John Pencil* tenemos repetidas muestras de laboriosidad. En el número 99, de noviembre de 1902, leemos bajo el simple título de *Versos* una serie de siete gentiles sonetos dedicados a una mujer, y en el número 106, de diciembre, *Las rimas enfermas*, curiosa combinación de versos de muy diferentes medidas, acondicionados en forma de prosa. Y en el número siguiente que corresponde ya a 1903, el poeta nos cuenta, bajo el título genérico *De la provincia*, las dos lindas historietas que se intitulan *Alas . . .* y *La sangre de las parras*. En la primera, que se compone de dos sonetos (reproducida en la antología *Selva lírica*, p. 102), ríe el gozo de la malicia con una contagiosa ternura en la cual el autor no ha insistido muchas veces. En la segunda, también dos sonetos en serie, la sensación lujuriosa del campo incendiado de sol gratifica ampliamente al lector. Hay más levedad de tono y sinceridad aquí que en la misa primaveral que el poeta publicó poco después (número 109) con el título de *Messe printannière*, como para declarar, ya desde el empleo del francés en el nombre, el designio especialísimo que le había llevado a escribir estos versos.

Mientras tanto el poeta había comenzado a publicar en el número 106 y bajo el rubro genérico de *Páginas de la provincia*, una novela corta intitulada *El Dómine*, canto en elogio de la rudeza de la lucha que debe sostener el preceptor rural en el esquivo medio en que realiza su apostolado. Coincidiendo con esta extraordinaria colaboración, el autor va haciendo menos asiduo su trabajo. No suspende sus páginas de prosa firmadas *John Pencil*, pero sí los versos y los cuentos. Sólo en el número 117, de marzo de 1903, podemos leer una composición poética, *En esas tardes . . .*, y unas *Manchas*, en prosa y firmadas con el seudónimo ya conocido. Son pequeñas anotaciones hechas al paso, donde una declaración enteramente inesperada nos llama la atención: "Artistas Serviles —exclama el au-

tor—, ¡cuándo os convenceréis de que vuestro arte no es el de *copiar* a la naturaleza, sino el de *hacer vivir* otra naturaleza, en el lienzo o en el pentágrama, en el mármol o en el libro!" La estética nueva que asoma en estas palabras habrá de necesitar muchos años para fructificar en una escuela, el Creacionismo, que no ha recordado el nombre de Víctor Domingo Silva entre sus precursores.

La última serenata (número 118), *Sport romano* (número 120) y *Clároscuro* (número 122) son otras poesías de este tiempo, en el cual la gracia juvenil de Antuco Antúnez (Pedro E. Gil) viene a poner un oportuno comentario. En los versos *A John Pencil, en el Puerto* (número 120), el buen Gil llama *gringo* a su amigo y le reconviene porque no ha logrado escribirle sino al saber que estaba enfermo. Pero estas reconvenciones no bastan para animar la antigua regularidad del escritor. Varios números pasan sin que se tengan noticias de él: en la sección *Noticias del puerto* le han reemplazado otros escritores, y sólo en mayo de 1903 (número 128) leemos una composición poética que lleva su firma: *Un homenaje al arribo del "Almirante Barroso"*. Son versos de ocasión pero reflejan algo del entusiasmo poético del autor, que toma un pequeño descanso, para escribir al fin *Las tristezas de John* (número 130), con las cuales responde a Gil en un amplio poema a la Coppée que en su tiempo ejerció positiva influencia en la juventud que hacía sus primeras armas. Gustó la forma métrica, algo difícil, gustaron las rimas extrañas y llamó la atención la riqueza de las heteróclitas asociaciones de ideas. Veamos un toque de color:

Brumas de un tinte violado
van sobre el agua quieta
como brochazos que hubieran saltado
de la paleta.

Apreciemos esta mancha del puerto visto por el paseante que ha ido para describirlo:

Borran undívagas manchas
la soñolienta bahía . . .
Fijas las boyas . . . Vacías las lanchas . . .
Floja la espía!

Y detengámonos, aunque sea un instante, en esta misteriosa sugerencia:

La cabellera se alíña
de hebra odorífera y flava,
y melancólica ríe la niña
escandinava.

Entra, a la obscura bodega,
viejo dolor redivivo;
y a saetearme el espíritu, llega
mientras escribo!

Puede aquella "niña escandinava" ser nada más que una exigencia de la rima difícil que el poeta se ha propuesto como empeño de virtuoso, pero difícil sería negar que al oírla nombrar en estos versos donde se trasunta el puerto con todo su atuendo de viaje y de labor, nos sentimos tentados de pedir que se nos cuente algo más de ella. El poeta, sin embargo, no se detendrá, y ya le vemos (número 138) cantando su *Melopea de otoño*, excelente poema que hace falta en las antologías; *El parque duerme...* (número 145) y, finalmente, *Merlín en el bosque* (número 148). Esta vez el título nada dice del contenido. Ha muerto en Santiago Pedro Antonio González, a quien todos los jóvenes de *Pluma y Lápiz* consideran un poco su maestro, y Víctor Domingo Silva le dedica un admirable poema en el cual veremos ampliamente orquestadas casi todas las notas de que hasta entonces se ha mostrado opulenta su lira. Y poco después aparece en la misma revista el estudio, fechado en octubre de 1903, que el mismo poeta dedica a González. Ahí leemos: "Muerto González, es difícil decir a quién le corresponde el título de 'nuestro primer poeta'. Ya no tenemos pontífice máximo."

Y con esto termina la colaboración de Víctor Domingo Silva en *Pluma y Lápiz*. La revista misma, a punto de poner fin a sus publicaciones, ha ido insensiblemente cambiando de giro. Comienzan a ocupar en ella un espacio que antes quedaba reservado a las producciones de los escritores, las noticias de la guerra ruso-japonesa. Se concede inclusive mayor importancia a los hechos locales y poco a poco se va insinuando en las páginas el principio del fin. La bella aventura está en sus últimos pasos. Los jóvenes que han escogido a la revista como el escenario adecuado para sus primeros pinitos literarios, han adquirido ya una relativa madurez y se dispersan. El propio Víctor Domingo Silva se queda en el puerto por algunos años más, y en 1906 lanza su primer libro, *Hacia allá*, y muestra con estas páginas que no necesita las andaderas de una revista para hacerse

notar como poeta de mérito. Las primeras armas las ha hecho en diarios provincianos que nadie conoce y que están ya olvidados; pero le era preciso el ambiente incitante de *Pluma y Lápiz*, bajo la férula de Marcial Cabrera Guerra y en la grata compañía de Francisco Contreras, Manuel Magallanes Moure, Guillermo Labarca, Pedro E. Gil, Ernesto A. Guzmán y tantos otros, para que ensayara los vuelos definitivos, o casi definitivos.

Pluma y Lápiz es una fecha en la historia literaria de Chile, y lo es sobre todo por la importante participación que por su medio cupo a los escritores en la labor, siempre indispensable en mayor o menor grado, de romper el desdén que el público muestra por las letras y del fácil olvido en que cae respecto de que hay artistas, hay poetas, hay escritores que sin su aliento —aplausos, lectores— abandonarán la tarea apenas iniciada o rebajarán su producción hasta el nivel burdo de lo que siempre tiene acogida.

RAÚL SILVA CASTRO,
Biblioteca Nacional,
Santiago de Chile.

NOTA

1 Es Endeiza ese segundo apellido. Don Jorge Gustavo y don Hugo, escritores los dos, hermanos del poeta, tampoco lo usan.